



1

MORUENA ESTRÍNGANA

# SWEET LOVE

*Neill y Debbie*

booket

**Moruena Estríngana**  
Sweet Love. Neill y Debbie  
*Serie Sweet Love 1*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Mikhail\_Kayl / Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2020

Depósito legal: B. 1.488-2020

ISBN: 978-84-08-22480-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Capítulo 1

DEBBIE

Sigo a mi madre a la casa de la fraternidad. Y solo estoy aquí porque se lo prometí. Y por eso no digo nada cuando mi madre, de casi cuarenta años, mira todos los cuartos como si fuera esa adolescente que disfrutó como nadie de la universidad. Tanto es así que parece que se ha quedado anclada en esa época. Para ella una canción de cuna era un grito de guerra de las animadoras, y desde niña mis ánimos para los exámenes tenían siempre un «Vamos, tú puedes» al que no le faltaban los pompones. Pero no sé en qué punto dejaron de hacerme gracia las canciones y los bailes. Yo no me parezco en nada a ella. Debe de ser que se quedó toda la efusividad para ella y no me cedió ni un ápice cuando nació. De hecho, no sé moverme con su gracia, y no digamos lo patosa que soy moviendo pompones; parece más bien que estoy quitando el polvo. Y ni hablar de volteretas. A lo máximo que llegaba en Educación Física era a dar una voltereta en la colchoneta que nada tenía de elegante.

—¿A que es precioso, Deb?

—No —le digo sincera, y mi madre me mira de manera recriminatoria—. Solo estoy siendo clara, mamá.

—Y yo solo espero que no te cierres en banda. Es tu primer año en la universidad. Toca disfrutar.

Me abraza y sigue revisando la casa. Es la primera vez en muchos años que siento que tenemos algo en común y no quiero perderlo. Como si temiera que ahora que me marchó de casa ya no hubiera retorno. Tal vez si vivo en su fraternidad aprenda a conocerla, aunque en diecinueve años no lo he logrado. O puede que, cuando era pequeña, sí. De mis primeros años solo recuerdo ir tras mi padre a sus partidos, y los fans de mi padre... Siento un escalofrío. Algunas cosas cuesta olvidarlas, aunque lo intentes.

—¿Usted es Yovanna Smit? —Mi madre, emocionada, mira a la joven de unos veinte años que la observa desde la escalera.

—¡Sí! Esa soy yo.

La joven rubia de grandes ojos azules la mira ilusionada, como si acabara de ver a su ídolo, y grita que Yovanna está en la casa. Y es decir eso y cientos de chicas salen a recibirla. Todas del equipo de animadoras, como lo era mi madre, lo sé por sus uniformes. Es una fraternidad de animadoras... Y yo, que voy a estudiar Historia Contemporánea y si nuevo un pompón es para alejarlo al máximo de mí, no pinto nada aquí. Me siento fuera de lugar y presiento que me va a costar mucho adaptarme a la universidad. Y, por si esto fuera poco, echo de menos a mis amigas de toda la vida, sobre todo a Kelly.

Se ponen a cantar y a saltar y saco el móvil para contarle en el grupo de mis amigas, que, como yo, alu-

cinan con esto. Las canciones que creó mi madre siguen siendo un icono para la universidad. De hecho, al mirar hacia el salón veo una foto de mi madre animando. Era, y es, preciosa. Con su pelo rubio y sus grandes ojos verdes. Solo nos parecemos en los ojos verdes. Su cuerpo estaba lleno de curvas bien puestas y el mío parece una carretera nacional mal construida. No es algo que me moleste. No soy fea, mi pelo es más castaño y no mido el metro setenta de mi madre. Mido apenas uno sesenta. Aunque siempre pienso que soy alta, sobre todo cuando voy a comprar al supermercado, donde casi todo el mundo es más bajito que yo. Aunque, como dice mi padre, es porque la mayoría han empezado a encoger. Le gusta meterse conmigo por lo de la altura, cariñosamente, eso sí. Él mide casi un metro noventa y mi hermano pequeño va por el mismo camino. A veces me pregunto si me he equivocado de familia. A mi hermano, por supuesto, le encanta el fútbol y parece que seguirá los pasos de mi padre. En su época fue uno de los mejores delanteros y capitanes. Llegó a la liga profesional, pero lo dejó todo para heredar la empresa de mi abuelo y cuidar de su familia. Un día me confesó que en verdad todo tiene sus etapas y que la suya como futbolista había pasado. Yo a veces siento que tengo parte de culpa en su decisión. Y, aunque mi padre no ejerce de futbolista, le encanta escaparse a ver partidos y a jugar con sus antiguos compañeros cuando puede. Mi madre es como si no hubiera dejado la universidad; su espíritu sigue siendo el de una adolescente. Y eso me asusta un poco. A veces temo que esté tan metida en el pasado que no sea capaz de mirar hacia delante o que, cuando mire, tome una decisión drástica... Los años pasan y ella es la misma. Algo ge-

nial, pero siempre creí que las personas adultas se comportarían como adultas y cada año que pasa su locura se acentúa. A veces me siento la más madura de las dos y eso me hace sentir rara. Tener que decirle a mi madre que guarde la fila y no se cuele o que no haga el ridículo cuando no es necesario debería ser algo de sentido común. Es como si cada año que cumple acabara mandando la vergüenza más a paseo y le diera igual todo.

—Ven, Deb, enséñales cómo mueves la cadera.

La muevo como el puñetero culo. Y mi madre lo sabe. ¿Qué hace? La última vez que intenté bailar como una animadora acabé haciendo la croqueta en el suelo del salón y mi hermano se meaba de la risa mientras yo intentaba hacer algo decente.

Todas me miran, y yo espero que se abra la tierra y me saque de esta pesadilla.

—No, gracias.

Sonrío y guardo dentro de mí la rabia. Es mi madre, debería conocerme. Estoy aquí, pero no soy como ella.

—Vamos, ánimo. —Las demás me miran y me evalúan.

Sé lo que están pensando: «¿De verdad es hija de la maravillosa Yovanna y del capitán del equipo Lisandro?». Sí, lo soy, aunque no lo parezca.

—No —le digo más seria, y parece que lo pilló. Lo peor es que se pone triste.

Me siento fatal; es como si mi madre hubiera esperado que, al entrar en esta casa, que se sabe de memoria y de la que me sé cientos de historias, algunas de ellas que ojalá no conociera, porque no son para niños, yo cambiara de golpe y me pusiera a dar

saltitos como si me hubieran metido un petardo por el culo.

Se van con mi madre al salón y la acribillan a preguntas. Por supuesto, casi todas tienen que ver con mi padre, de cómo se enamoró del capitán del equipo y vivieron una intensa historia de amor y cómo lo dejó todo por irse tras él y se ha dedicado a él todos estos años. La verdad es que las historias de mi madre siempre comienzan desde que conoció a mi padre. Es como si lo anterior no hubiera tenido trascendencia en su vida.

Me sé todo esto de memoria, por eso me marcho a ver el resto de la casa. Es enorme. Un gran salón con una cocina separada por una isleta. Salgo al jardín: la piscina no es muy grande, pero invita a bañarse y con este calor no sería mala idea, pero no lo haré, por supuesto. Ya es demasiado vivir en una casa de mujeres perfectas, como para ponerme a su lado y ver todos estos defectos que nunca me han importado. Es como si, al entrar en esta casa, mi autoestima, por lo general alta, hubiera empezado a descender. No me gusta el camino que está tomando, pero en parte es debido a todos estos cambios y a tener que compartir casa con personas que no son afines a mí.

Pienso en la historia de mis padres. Es cierta. A él le salió un contrato en otra universidad y se fue, y mi madre lo siguió sin pararse a pensar en su carrera. Y dejó los estudios a la mitad. En seguida se quedó en estado de mí y ya se olvidó de lo que ella quería en la vida. Se pasa el tiempo en casa, dando órdenes a la chica que viene a limpiar, y visitando a las vecinas. Trabaja haciendo encargos de customizaciones de ropa. Le encanta dar su estilo a las prendas y recibe



encargos de la gente del barrio para que les dé un toque único. No digo que no sea feliz, pero me pregunto si renunció a demasiado por seguir a mi padre. El amor no debería basarse en que uno de los dos renuncie a sus sueños, sino en que ambos cumplan sus metas y encuentren el camino para poder compaginarlas con la vida. A veces temo que un día el peso sea insostenible...

Por eso tengo claro que no pienso dejar nunca que el amor domine mi vida. Creo en el amor y también sé que hay muchos idiotas que te prometen todo con tal de conseguir algo de ti. Eso lo aprendí a base de besar a un par de sapos; el regusto amargo que me han dejado me sigue dando arcadas cuando los recuerdo. Por eso prefiero hacer como si nada. Es mejor no recordar los errores.

—Hija —mi madre me abraza por detrás—, me voy, pero llámame para contármelo todo. Y cuando digo todo es todo. —Me da un codazo cómplice.

Sí, mi madre espera que le cuente si me lío con un tío o si me acuesto con él. De hecho, me ha obligado a meter en la maleta varias cajas de preservativos.

—Claro.

—Y, por favor, pasa las pruebas. Es importante para mí que estés aquí.

Es importante para ella porque es como si viviera por segunda vez su paso por la universidad. Asiento y me abraza hasta dejarme sin aire.

—Te quiero, osita.

—¡Mamá! —Se ríe y se aleja.

La miro irse y no lo reconoceré, pero la voy a echar de menos. Es la primera vez que voy a vivir sola y, aunque a veces me cansan sus excentricidades o que mi

padre hable todo el día de fútbol con mi hermano, los quiero. Pestañeo varias veces para secarme los ojos y evitar que asomen las lágrimas y miro a las que serán mis nuevas compañeras de casa.

—Ven, te enseñaremos dónde dormirás hasta que pases la prueba y te asignemos un cuarto. —Las sigo y me llevan a un dormitorio común con varias candidatas a entrar. Todas me miran y casi todas parecen animadoras, con cuerpos perfectos y sonrisas enormes para impresionar a la capitana, que ni siquiera sé cómo se llama, pero lleva escrito en su camiseta que es capitana. Está claro que no le gusta nada presumir de ello... Mi madre tiene la misma camiseta, claro—. Deja tus cosas en esa cama vacía. —Asiento—. ¿De verdad eres su hija?

—Que yo sepa, sí, pero igual me cambiaron al nacer —le digo con una sonrisa.

Pone mala cara y se marcha. Dejo mis cosas en la cama y me siento algo molesta cuando todas me miran. Me vuelvo hacia ellas con una sonrisa y les respondo lo que todas se están preguntando.

—No, no voy a presentarme a animadora. Para mí animar es como tragarme un clavo ardiendo, así que no os preocupéis, que podéis seguir lamiéndole el culo a la capitana para que os admita en el equipo sin miedo a que la hija de Yovanna sea como ella y os quite el puesto.

Por sus caras sé que no ha sido mi mejor entrada. Que tal vez no consiga amigas. Que soy idiota, vamos. Pero no lo soporto. No soy como mis padres. Y me agobia todo esto. Yo nunca he tenido un solo complejo. Ha sido entrar a esta casa y sentirme inferior por ser como soy, y me veo muy perdida con estos sentimientos que son tan nuevos para mí.

Cojo mi cartera y me marcho de aquí; antes de salir me avisan de que la prueba será esta noche en la fiesta que dan los del equipo de fútbol. Genial. No sé si podré soportar tanta testosterona suelta.